

El «Hombre de las Ratas»



El «Hombre de las Ratas»

A propósito de un caso
de neurosis obsesiva

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de Jacques André

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 31.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1955

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Preses Universitaires de France, 2000

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-882-6

ISBN 978-2-13-054697-9, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

El «Hombre de las Ratas». A propósito de un caso de neurosis obsesiva. -

1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2016.

216 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-882-6

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2016.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo, *Jacques André*

- 29 A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)

- 31 Nota introductoria, *James Strachey*
- 35 *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*
- 35 [Introducción]
- 39 I. Del historial clínico
- 40 A) La introducción del tratamiento
- 41 B) La sexualidad infantil
- 46 C) El gran temor obsesivo
- 53 D) La introducción en el entendimiento de la cura
- 65 E) Algunas representaciones obsesivas y su traducción
- 73 F) El ocasionamiento de la enfermedad
- 78 G) El complejo paterno y la solución de la idea de las ratas

- 99 II. Sobre la teoría
- 99 A) Algunos caracteres generales de las formaciones obsesivas
- 106 B) Algunas particularidades psíquicas de los enfermos obsesivos; su relación con la realidad, la superstición y la muerte

ÍNDICE GENERAL

- 114 C) La vida pulsional y la fuente de la compulsión
y la duda
- 127 *Anexo. Apuntes originales sobre el caso
de neurosis obsesiva*
- 129 Nota introductoria, *James Strachey*
- 135 *Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva*
- 193 Apéndice. Algunos escritos de Freud que se ocupan
de la angustia y las fobias en los niños y de la neurosis
obsesiva
- 195 Bibliografía e índice de autores
- 201 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 195.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.
- Vier Krankengeschichten* Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten*. Viena: 1932.

Prólogo

Jacques André

Ernst Lanzer tiene 26 años, y en él todo se da con atraso, tanto los estudios como la vida sexual. En cuanto a los estudios, ha tardado diez años en obtener (en 1907) el ansiado título de *Doctor juris*. En cuanto a la vida sexual, sus comienzos han sido, sin embargo, muy precoces, en la tierna infancia. La abundancia de gineceo —la madre, las hermanas, las criadas— le ha proporcionado materia de sobra para alimentar, sin apaciguarla jamás, su curiosidad «ardiente, atormentadora», de ver a la mujer desnuda. Mas la infancia tiene sus límites: los de la inmadurez. Llega por fin la hora del primer coito: a los 26 años, entonces. La escena transcurre en Trieste: «¡Pero esto es grandioso! A cambio de ello uno podría matar a su padre» (cf. *infra*, pág. 79).

Si se trata de ilustrar la neurosis del «Hombre de las Ratas», son innumerables las escenas con que se lo podría conseguir, pero la que acabamos de referir tiene el mérito de ir al meollo de la cuestión: el encuentro de los contrarios y la excitación en su punto culminante. Más que ningún otro, el neurótico obsesivo, experto en ambivalencia, maestro en el arte de transformar la contradicción en zona erógena, es el conflicto psíquico en persona.

Al parecer, Ernst Lanzer estaba convencido de que el mal que él padecía podía curarlo únicamente un gran hombre. Acudió a una primera eminencia vienesa: Julius Wagner-Jauregg, antes de leer algunas líneas de la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud y persuadirse de que allí estaba su esperanza de salvación.

En lo atinente a la cura, Freud señala que «había devuelto [la] salud psíquica» (pág. 125, *n.* 30) a su paciente. Esto sólo puede entenderse en relación con un sometimiento al yugo de la compulsión y, por lo tanto, una libertad recuperada con respecto a ella. ¿Hasta qué punto? La gravedad de los elementos psicopatológicos —Ernst Lanzer es, sin ninguna duda, un representante de «grueso calibre» de la neurosis obsesiva— invita a hacer la pregunta; la falta de informaciones históricas impide responderla. El análisis no se reduce a la curación (o remisión) de los síntomas, y Freud admite sin tapujos que el movimiento quedó inconcluso: «El paciente se recobró y la vida le exigió abordar múltiples tareas, ya demasiado pospuestas, que no eran compatibles con la continuación de la cura» (págs. 84-5, *n.* 39). Freud no habla de huida en la curación, pero está muy cerca de ello cuando destaca que el «éxito terapéutico» fue un obstáculo para las desligazones —«destejer hilo por hilo»— del análisis.

Ernst Lanzer no pudo aprovechar mucho tiempo esa libertad recuperada. En 1910, tras doce años de un cortejo asiduo, se casó con Gisela Adler, su «admirada dama». Movilizado a causa de la guerra, cayó prisionero de los rusos el 21 de noviembre de 1914. Murió cuatro días después, sin que las circunstancias de su muerte pudieran establecerse con claridad. La noticia de su fallecimiento recién se anunciará a su familia en 1919. Su madre sobrevivirá apenas dos meses a ella.¹

Del relato del análisis del «Hombre de las Ratas», Malraux, a quien un héroe así no podía dejar indiferente, afirmará que se trata de una de las grandes novelas del siglo XX. Por su parte, Freud, en el papel de autor poco indulgente, se queja del «desastre». «Mi trabajo con el “Hombre de las Ratas” —le escribe a Jung— casi supera mis facultades de descripción, y es indudable que no será accesible a nadie salvo a los íntimos. ¡Qué desastre nuestras reproducciones, qué ma-

¹ Cf. Patrick J. Mahony, *Freud et l'Homme aux rats*, París: Presses Universitaires de France, 1991, pág. 29.

nera lamentable de hacer pedazos esas grandes obras de arte de la naturaleza psíquica!».²

¿A qué se debe el «desastre»? Los apuntes tomados diariamente por Freud durante los primeros meses del análisis³ aportan una primera respuesta, en cuanto dan sobrado testimonio de lo que el texto terminado descuida, desecha o reprime (?). Empero, esos apuntes no son, en sí mismos, más que la memoria de una actualidad, un presente perdido, por definición, no bien pasa: el presente de un acontecimiento que en el análisis llamamos «transferencia», susceptible de ser descrito, claro está, pero jamás restituido.

Ernst Lanzer —«Paul» en el texto— se levanta bruscamente del diván y comienza a recorrer la habitación a lo largo y a lo ancho. «Dispéñeme de los detalles. No me obligue a decir todo». Decir todo de la rata, de su excitación, de su tortura, de la violencia del suplicio. Casi siempre, esos momentos pasionales esperan, para hacer irrupción, a que el análisis haya recorrido una parte del camino. Aquí, la instalación masiva de la transferencia tiene lugar ya desde los primeros instantes, y hay que creer que el breve tiempo del análisis no permite su liquidación. Tras un contacto con su paciente después de la cura, Freud le escribe a Jung: «El lugar al que todavía está enganchado (padre y transferencia) se mostró con nitidez en la conversación». Los apuntes multiplican, más aún que el texto publicado, los ejemplos de lo que debió de ser «el doloroso camino de la transferencia». ¡De la transferencia y de la contratransferencia! La palabra no se pronuncia, ya que Freud la inventará (*Gegenübertragung*) recién unos meses más adelante.⁴ Adviértase que el neologismo es preciosamente labrado

² Sigmund Freud, carta del 30 de junio de 1909 a Carl Gustav Jung, en Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, *Correspondance* (1906-1914), París: Gallimard, 1992, pág. 317 {*Correspondencia*, Madrid: Taurus, 1979}.

³ Sigmund Freud, *L'Homme aux rats. Journal d'une analyse*, París: Presses Universitaires de France, 1974 {«Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva», *infra*, págs. 127 y sigs.}.

⁴ Sigmund Freud, «Les chances d'avenir de la thérapie analytique», *OCP*,

por la ambivalencia, puesto que «*gegen*» es a la vez «contra» y «hacia». Una carta a Abraham del 26 de diciembre de 1908, donde Freud señala el riesgo que corre el análisis por «el interés personal demasiado grande» que le presta el analista, induce a pensar que la cuestión de la contratransferencia ha comenzado a interpelarlo seriamente en ese período. Constituye una hipótesis razonable suponer que la cura de Ernst Lanzer tuvo algún papel en ello, a tenor de los discretos indicios dejados por Freud, cuando se asocia a su paciente para recordar los momentos difíciles que han tenido que atravesar: «Después que hubimos vencido una serie de las más severas resistencias y los más enojosos insultos. . .» (pág. 77). Y más allá de esos indicios está lo que se puede imaginar, con la ayuda de la identificación.

El «Hombre de las Ratas» no se conforma con insultar a su analista en el marco de la mayor de las deferencias: incluye a toda su familia en función de sus fantasías y de sus sueños de transferencia; en función de sus transferencias, como dice Freud en plural, y lo hace «de la manera más grosera y cochina». El insulto, la grosería, la cochinada. . ., el estilo del hombre signa el influjo del erotismo anal sobre su vida psíquica, un influjo que el texto publicado reproduce y atenúa a la vez. El sueño en que aparece la hija de Freud con «dos emplastos de excremento» en lugar de ojos, un sueño que aquel apenas analiza (pág. 77), conformándose con el juego de la equivalencia simbólica, no es más que un ejemplo entre muchos otros, igualmente crudos e incluso peores, que figuran en los apuntes: «yace de espaldas sobre una muchacha (mi hija) y la posee sexualmente con las heces que le salen del ano».⁵ El hijo, la mujer, la madre del analista: ninguno queda a salvo. «¡Adentro el *Miessnik!*» (el adefesio, la hija de Freud), para

10, pág. 67 {«Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica» (1910d), AE, 11, pág. 136}.

⁵ S. Freud, *L'Homme aux rats. Journal. . .*, op. cit., pág. 165 (y págs. 159, 181. . .) {«Apuntes originales. . .», infra, pág. 161}.

lamerla. La señora de F. «puede lamerle el culo». Incluso, para terminar: la imagen de Freud defecando (habría que decir las cosas en otro tono) en la boca de su madre. . .

«Le di a leer *Joie de vivre*, de Zola», escribe Freud en sus notas nocturnas. No sabremos prácticamente nada más sobre sus emociones contratransferenciales, sobre el impacto que tuvo en él una violencia tan cruda, a través de la cual la neurosis obsesiva se asoma a la perversión. Tenemos, no obstante, el testimonio de una reacción viva, hostil, pero referido a otro paciente —hermano de desdicha del «Hombre de las Ratas»—, el cual, por un lado, planchaba sus billetes para entregárselos bien limpios a Freud y, por el otro, hacía cosas «roñosas» con las muchachas (pág. 75). Freud, aún principiante, le hizo notar la contradicción y el hombre no volvió nunca más. ¿Hay que ver en la rememoración de ese antiguo episodio algo así como el eco desplazado de la contratransferencia?

El exceso de un material que ningún relato puede agotar, la *presencia* en acto del inconsciente en la transferencia y la contratransferencia que toda *representación* omite, son fuentes del «desastre» a las cuales se suma otra, nada menor: la compulsión de teorización. Esto puede entenderse de varias maneras. Como cualquier texto de Freud, en especial si es de carácter clínico, el dedicado al «Hombre de las Ratas» esboza más proposiciones que las que puede desarrollar. Cuestión mucho más evidente en este caso, dado que contamos con los apuntes. El movimiento de reducción que conduce de ellos al texto publicado y, dentro de este, del relato del análisis a la contribución teórica {«Sobre la teoría»} es fácilmente observable. Esta distancia constituye una ventaja para los intérpretes. La madre y las figuras femeninas, la muerte de Camilla (una de las hermanas mayores de Ernst, sobrevenida cuando este tenía 3 años y medio), la criptorquidia, el circuito de la deuda, la muerte y el asesinato, etc., son otras tantas fuentes para el comentario, y a veces, si se desconoce el acto de la transferencia, otras tantas tentaciones de rehacer (y corregir) el análisis.

Frente a tal gama de posibilidades, Freud hace su elección. Basta con recorrer la nómina de sus escritos sobre la *Zwangsneurose* para advertir que esa elección, la de la causa psíquica, no es la misma de una época a otra. En el momento del caso que estamos tratando aquí, gana su convencimiento el antagonismo entre el amor y el odio, la idea de que la neurosis se ha construido sobre la base del juego opuesto de esas dos fuerzas psíquicas, separadas demasiado precozmente en «los años prehistóricos de la infancia». Dos fuerzas falsamente simétricas, a decir verdad. El odio siempre ha de constituir para Freud un enigma muy diferente al del amor. Se sitúa, por excelencia, del lado de lo reprimido, sin que se dilucide la fuente en la que abreva (¿sexual, no sexual?).

En 1909, Freud habla todavía de «antagonismo». «Ambivalencia» queda para un poco más adelante, una vez que el término haya sido acuñado por Bleuler (en 1910). ¿Hace falta señalar que ese tema, desde Freud —y sobre todo gracias a Melanie Klein—, erigió para sí un verdadero imperio en la teoría psicoanalítica?

Si estamos atentos a lo que fascina a Freud en este análisis, veremos, no obstante, que no son el amor o el odio en sí mismos, sino lo que pone en escena la virulencia de su antagonismo, a saber: el conflicto psíquico, la psique sometida a la compulsión. El objeto central del texto publicado no es otro que la neurosis como tal, la gran obra de la neurosis, el puro trabajo de la compulsión psíquica, más aún que la búsqueda de la causa.

Por una vez, la compulsión de teorización, su inevitable movimiento de unificación y reducción de un material disperso y plural, reviste una notable significación. Sucede que ese movimiento no deja de recordar al del neurótico en sus desesperados intentos de poner fin al tironeo de los contrarios. El teórico y el neurótico obsesivo tienen un parentesco que puede llevar a temer que la duda, una amenaza para la mente del segundo, contamine el pensamiento del primero. La cuestión no se le escapa a Freud, quien, llegado el caso, no se priva

de jugar con ella: la neurosis obsesiva bien puede ser «el objeto más interesante y remunerativo de la indagación analítica», escribe, pero aún no se ha rendido a la *dominación* de la teoría («*Die Zwangsneurose ist (. . .) als Problem (. . .) unbezwingen*»).⁶ Esto, dicho en un texto, *Inhibición, síntoma y angustia*, para el cual la fórmula «*Non liquet!*» (no está claro) podría servir de exergo.

Una de las maneras de leer *El «Hombre de las Ratas»* es viendo en él un homenaje al genio del inconsciente, un genio tan atormentador y mefistofélico como sea posible imaginar. El fulgor es el rasgo del genio, y una palabra basta para ilustrarlo: «*Glejisamen*» (cf. *infra*, pág. 155). Palabra mágica forjada por Ernst para mantener a raya todos los ataques, es en parte lo inverso de una contraseña: una palabra-candado, un cinturón de castidad con la misión de proteger al pensamiento de los «malos pensamientos». Pero el diablo ya está en la caja, la llave maestra en el candado, y con una «S» discretamente agregada, «*Amen*» se transforma en «*Samen*», la oración en semen, la admiración en masturbación (pág. 103). El puro genio consiste en eso, en el arte de meter en el mismo barco deseo y contradeseo. El yo siente una inclinación a la síntesis, mas poco importa. La astucia del inconsciente que abraza esa inclinación virtuosa le impone al yo la gran separación: confundir en un mismo punto la restricción y la satisfacción, hacer que las metas de la pulsión sean servidas por lo mismo que las combate. En ese juego, ¿cómo distinguir aún placer y sufrimiento? ¡«Ya a los 6 años —dice Ernst— padecía de erecciones» (pág. 42)! Genio de la fórmula que completa admirablemente una escena conmovedora: me quejé a mi madre. . .

Todo esto hacer estallar en carcajadas a Mefistófeles, pero sólo a él. La neurosis obsesiva representa todo el horror de la neurosis, cuando esta cae sobre el pensamiento como la peste

⁶ Sigmund Freud, *Inhibition, symptôme et angoisse*, OCP, 17, pág. 230 {*Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), AE, 20, pág. 108}.

sobre la ciudad. Las palabras de Nietzsche contra la cultura religiosa de la culpa, «la inmundada fábrica», denuncian el tormento de una autocompulsión que condena a cada pensamiento a «lavar» el anterior y «ensuciar» el siguiente. Compulsión, tortura: las palabras son casi sinónimas. Cuando el tabú del tacto se apodera del propio pensamiento, cuando no es un gesto del yo que no pueda evitar quedar implicado en el conflicto, la tortura es cotidiana, coextensa con la vida misma, y no sólo está representada por las delicias de un suplicio chino. «Furor» del inconsciente excitado por todo, que no respeta nada, como suele decirse, ¡ni siquiera a la madre del analista! El combate, sin embargo, no está perdido, o ya no estaríamos en la neurosis. Abierta, por un lado, hacia la perversión, la neurosis obsesiva lo está, por el otro, hacia la psicosis, a través de sus construcciones delirantes. Pero entre esos dos abismos resiste más o menos bien: verdadera guerra de trincheras, donde la multiplicidad de obstáculos, actos y pensamientos amenaza paralizar la vida entera. Tan paralizada e indecisa como puede estarlo el niño sometido a la tortura, a la *cuestión** de padres ávidos de saber: «¿A quién quieres más, a papá o a mamá?» (pág. 115). Puede suceder que uno no se desprenda jamás de esa invitación, multiplicada por dos, al amor y al asesinato (en un mismo gesto).

En este punto entra en escena el erotismo anal. Si escupir es el prototipo somático de la negación, el recorrido intestinal de la deposición, retención/expulsión, es el de la contradicción. Sin embargo, la lectura de la sección «Sobre la teoría» de «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» muestra, por defecto, que la analidad aún está lejos de encontrar en la elaboración de Freud su lugar etiológico. El asunto quedará zanjado cuatro años después, en 1913, con «La predisposición a la neurosis obsesiva».⁷

* {«*Question*» en el original, en sus dos acepciones: pregunta y tormento (el que se aplicaba al presunto culpable para que confesara: cuestión de tormento).

⁷ Sigmund Freud, «La disposition à la névrose obsessionnelle», *OCP*, 12, y

Los *Tres ensayos*. . ., «Carácter y erotismo anal» —artículo de 1908—, el «pequeño Hans» y su *Lumpf*. . .: la sexualidad anal hace una insistente entrada en el psicoanálisis en el período 1905-10, a riesgo de empañar un poco más su imagen pública e incluso de ocasionar algunos gestos de inquietud entre los propios partidarios. El erotismo anal, le escribe Freud a Abraham en marzo de 1908, «no tendrá, como es obvio, un gran poder de convocatoria». Una nota agregada en 1920 a los *Tres ensayos*. . .⁸ da la cabal medida retrospectiva del progreso metapsicológico posibilitado por su introducción. En ella, Freud menciona el notable artículo de Lou Andreas-Salomé, «Anal y sexual», escrito en continuidad directa con los textos freudianos precedentes —sobre todo, el ya citado de 1913—, y dice lo siguiente: dado que en ocasión de la actividad anal el niño hace muy particularmente la experiencia de la hostilidad del entorno a sus mociones pulsionales, «lo “anal” permanecería desde entonces como el símbolo de todo lo que hay que desechar, segregarse de la vida». Esto no significa que la sexualidad anal constituya lo reprimido por antonomasia, sino que es su *símbolo*. El erotismo anal proporciona su grupo de representaciones al inconsciente, pero, de manera más insidiosa, también abraza su gesto, y lo hace, además, tanto por retención como por expulsión.

Genial alquimista, «caga ducados», lo anal no se conforma con lograr la metamorfosis de la mierda en oro (o en florines): acompaña con su movimiento los mecanismos más secretos de la vida psíquica. En otras palabras, algo de la satisfacción del erotismo anal se realiza no sólo en las imágenes del fantasma (la rata que penetra por el ano), sino también, y de manera mucho menos ruidosa, a través de las operaciones

en *Névrose, psychose et perversion*, París: Presses Universitaires de France, 1973 {«La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis» (1913*i*), *AE*, 12}.

⁸ Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle*, París: Gallimard, 1987, pág. 113 {*Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, 7, pág. 170}.

mismas de la actividad de pensamiento e incluso en los principios que la constituyen. Su astucia más lograda, la más mefistofélica, se llama «principio de realidad»: trabajar (sufrir) ante todo, retener la satisfacción, para gozar sólo más adelante.

Freud aprendió de una paciente, antes de que Ernst Lanzer se encargara de comunicárselo, que la compulsión, apoyada en el erotismo anal, puede ser a la vez compulsión y satisfacción. Para ser más precisos, se trata de una paciente de Jung, una estudiante rusa llamada Sabina Spielrein; sabemos cuál sería su circulación entre los dos hombres. La carta de Jung del 27 de octubre describe la escena: «Entre los 4 y los 7 años, esfuerzos realizados para defecar sobre sus propios pies, de la siguiente manera: se sienta en el suelo con un pie doblado debajo del cuerpo, presiona el pie contra el ano y trata de defecar y, al mismo tiempo, de impedir la defecación (. . .) con una sensación voluptuosa de estremecimiento».⁹ La breve viñeta abunda en potencialidades que sólo se le develarán progresivamente a Freud. El masoquismo, por ejemplo, igualmente omnipresente en *El «Hombre de las Ratas»*: ya se trate de las modalidades del fantasma, de las delicias de la culpa —variante de la retención de pensamiento, como no comunicarle al analista la asociación sobrevenida: «Tantos florines, tantas ratas» (pág. 91)— o del «pensar obsesivo», la palabra («masoquismo»), empero, nunca se pronuncia. La imagen de Sabina niña, más fuertemente (más locamente) todavía que la de Ernst, ilustra la tortura, la autotortura, en que consiste la *Zwangsgneurose*.

Para que el homenaje al genio del inconsciente, a esa «gran obra de arte de la naturaleza psíquica» que es la neurosis obsesiva, resulte completo, hay que acudir al análisis mismo. ¿Puede este abrigar la esperanza de escapar a la destreza de una psique ducha en el ejercicio de hacer pasar lo mismo por su contrario? El análisis de los obstáculos, el «destejer hilo

⁹ C. G. Jung, carta del 23 de octubre de 1906 a Freud, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance, op. cit.*, pág. 46.

por hilo», ¿no corre el riesgo de transformarse en un triunfo de la compulsión? «Quiero empezar hoy —dice Ernst— con la vivencia que fue para mí la ocasión directa de acudir a usted». Y menciona al capitán Nemeček, un hombre que «amaba lo cruel» y a quien debe el relato de un castigo oriental especialmente atroz: el suplicio de la rata. Ernst se interrumpe, se levanta del diván y le suplica al analista que lo dispense de «la pintura de los detalles». Freud lo tranquiliza: no tengo la más mínima inclinación a la crueldad y no querría por cierto torturarlo, *pero*. . . Lo que sigue es tan notable como militar: «la superación de resistencias {es} un mandamiento de la cura que nos {es} imposible hacer a un lado» (pág. 47). Una varilla de hierro calentada al rojo en el fuego de la forja es introducida (por el analista cruel) en el tarro donde está la rata, le chamusca el pelo, la aterroriza y la excita a la vez, y, por último, la empuja a cometer su propio crimen.¹⁰ El enunciado de la regla fundamental: «lo comprometo a la única condición de la cura —la de decir todo cuanto se le pase por la cabeza aunque le resulte *desagradable*—» (pág. 40) hunde de improviso al paciente en el terror de un suplicio del que procuraba huir al acudir a Freud.

Neurosis obsesiva y psicoanálisis nacieron juntos en la década de 1890. Esto no basta para fundar su gemelaridad, pero produce no obstante acercamientos. El propio Edipo —un forzado del destino si los hay—, sometido a la cuestión, es «un caso de neurosis obsesiva».¹¹ No sólo Edipo, el héroe psicoanalítico por excelencia, sino también el inventor del psicoanálisis: «Debo reivindicar para mí el tipo “obsesivo”», le escribe Freud a Jung el 2 de septiembre de 1907. En más de

¹⁰ Ernst Lanzer sólo revela algunos detalles del suplicio. El relato de Octave Mirbeau (*Le jardin des supplices* (1899), París: Gallimard, 1988, col. «Folio», pág. 209 {*El jardín de los suplicios*, Madrid: Impedimenta, 2010}), que es la fuente de los dichos del capitán, describe un complejo juego de torturas, en el que la rata es tanto víctima del ataque como atacante.

¹¹ S. Freud, carta del 14 de abril de 1907 a Jung, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance*, *op. cit.*, pág. 80.

una ocasión a lo largo de su obra, aquel se preguntará en qué medida el dispositivo teórico que elabora se distingue de lo que construye el enfermo. Desde ese punto de vista, el desafío que la neurosis obsesiva le plantea al psicoanálisis es ejemplar. Desafío teórico, por consiguiente: el proceso psicopatológico en acción amenaza con inmiscuirse en el modelo metapsicológico (pág. 99); pero también desafío clínico. Para la *Seelen-Auflösung*,¹² «el objeto más interesante y remunerativo» no es, por cierto, el más fácil de disolver, no porque exhiba una cara demasiado alérgica a lo que «psicoanálisis» quiere decir —como, por ejemplo, la neurosis de angustia y su oscuridad somática—, sino, a la inversa, porque da muestras de una excesiva similitud con la herramienta que supuestamente lo despedaza.

La regla fundamental impone decirlo todo; la regla de abstinencia específica: nada que decir. Abstinencia de actos, por lo tanto. Resulta fácil adivinar que para aquel en quien la regresión del acto al pensamiento es el origen de no pocos síntomas, esa oferta calza como un guante. En su conclusión para el debate sobre el onanismo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (la Sociedad de los Miércoles), Freud hace una observación poco común en su pluma: «Muchos de ustedes ya habrán hecho, como yo, la experiencia de que implica un gran progreso que el paciente ose de nuevo practicar el onanismo en el curso del tratamiento, no teniendo el propósito de demorarse duraderamente en esta estación infantil».¹³ En mala hora se negó el adolescente Ernst Lanzer a la masturbación, porque fue el pensamiento el que tomó compulsivamente su relevo. En ese juego, el mundo psicoanalítico anda

¹² «Disolución de las almas»; cf. Jean Laplanche, «Le temps et l'autre», en *La révolution copernicienne inachevée: travaux 1965-1992*, París: Aubier, 1992, pág. 377 {«El tiempo y el otro», en *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu, 1996, pág. 126}.

¹³ Sigmund Freud, «Discussion sur l'onanisme», *OCP*, 11, pág. 168 {«Contribuciones para un debate sobre el onanismo» (1912f), *AE*, 12, págs. 262-3}.

patas arriba, con todos los inconvenientes del ejercicio, y si no hay perjuicios en reconocer de pasada un valor terapéutico al acto onanista, es psicoanalíticamente más difícil no aumentarlo por la obligación de «decirlo todo».

Lo sexual, onanismo compulsivo o retención anal, no sólo le impone al pensamiento su ritmo obsesionante, sino que también invade el espacio del sentido y hasta la materia de la lengua. La rata se desliza por todas partes, explorando los más mínimos rincones de la semiología, franqueando los puentes verbales, aprovechando las homofonías: *Hofrat, erraten, Raten, Spielratte*, etc. (pág. 90). Contamina tanto el sonido como la significación, la lengua se convierte en cosa suya.

El psicoanalista cometería una imprudencia si se apresurara a regocijarse por esa sexualización del pensamiento que parece, sin embargo, ir más allá de todas sus expectativas. ¿Qué es lo que lleva al «Hombre de las Ratas» a levantarse abruptamente del diván? ¿El pensamiento inconfesable, el temor transferencial a las represalias, o el horror amenazante de un goce próximo? El acto de pensamiento se convierte en el propio acto sexual; el análisis no pide tanto. Bajo el signo de la neurosis obsesiva, «todo posee sentido y es interpretable»,¹⁴ como si el pensamiento pasara al sueño. De paso, los sueños como tales pierden su privilegio, el de constituir la «vía regia» de acceso al inconsciente. Freud señala en sus apuntes, con referencia a su paciente: «hace mucho caso de los sueños» (cf. *infra*, pág. 142). No podría decirse lo mismo de su analista. La cantidad de sueños no sólo disminuye de manera notoria en su paso de los apuntes al texto publicado, sino que su interpretación se limita a un mínimo. Cuando ya no hay más que vías regias, ¿cuál tomar?

La histeria se amolda a una representación arqueológica clásica: hay una o más escenas sepultadas, que el análisis se

¹⁴ Sigmund Freud, «Actions de contrainte et exercices religieux», *OCP*, 8, y en *Névrose, psychose. . . , op. cit.*, pág. 138 {«Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907b), *AE*, 9, pág. 105}.

propone pacientemente desenterrar. Pero, ¿cuando todas las «Romas» de todas las épocas ocupan simultáneamente el mismo espacio plano? ¿Cuando en el lugar mismo del Coliseo aún puede admirarse la *Domus Aurea* de Nerón? Es preciso, entonces, como en la célebre metáfora de *El malestar en la cultura*,¹⁵ que la arqueología se vuelva imaginaria para tener la esperanza de figurarse qué quiere decir «inconsciente». El obsesivo, ese gran metonímico, tiene una relación más sólidamente establecida con el espacio que con el tiempo. La psique es extensión, pero por fortuna no lo sabe, porque esta vez las posibilidades del análisis se verían definitivamente en riesgo.

En la neurosis obsesiva, el inconsciente hace una «irrupción» en lo consciente que le permite manifestarse en él bajo la forma más pura. ¿Dónde se sitúa entonces el desconocimiento, sin el cual no hay psicoanálisis posible? Una de las respuestas a esta pregunta, lejos de simplificar por fin la tarea, no hace sino sumar una nueva dificultad: razonador si los hay, el obsesivo es, empero, de lo que no hay a la hora de romper o embrollar las relaciones causales. No bien recibe el manuscrito, Jung le escribe a Freud: «Su “Hombre de las Ratas” me colma de fascinación; está escrito con una tremenda inteligencia y desborda la más sutil de las realidades». No obstante, agrega que si se trata de comprender «el fondo», de «captar las relaciones psicológicas», se corre el riesgo de que el asunto se le escape a más de un lector.¹⁶ Unas semanas después, en una carta a Ferenczi, el tono de Jung es menos precavido: «El artículo de Freud sobre la neurosis obsesiva es maravilloso, pero muy difícil de entender. Estoy a punto de leerlo por tercera vez. ¿Soy especialmente estúpido? ¿O es el estilo? Me inclino con precaución por esta última eventualidad».¹⁷ Deje-

¹⁵ Sigmund Freud, *Le malaise dans la culture*, OCP, 18, págs. 254 y sigs. {*El malestar en la cultura* (1930a), AE, 21, págs. 70 y sigs.}.

¹⁶ C. G. Jung, carta del 14 de octubre de 1909 a Freud, en S. Freud y C. G. Jung, *Correspondance*, op. cit., pág. 332.

¹⁷ Carl Gustav Jung, carta del 25 de diciembre de 1909 a Sándor Ferenczi, en Carl Gustav Jung, *Letters*, 1, Princeton: Princeton University Press, 1973.

mos a un lado el humor y retengamos sólo aquello que lo motiva: la necesidad de hacer tres lecturas para tratar de entender algo. Tres es el número de veces que Freud le pide a Ernst que repita el relato de los «quevedos» para «inteligir esas oscuridades». ¿Para qué simplificar las cosas cuando se las puede complicar? Deseamos al lector actual, con todo el respeto que debemos a su clarividencia, que pueda atenerse a la misma cifra.

Al juzgar insuficientes las dilucidaciones de Freud, Strachey le propuso un plano del lugar, que se incluyó en el texto publicado. Un plano pronto modificado, porque la primera versión se basaba en algunas confusiones, como para que luego Patrick Mahony,¹⁸ cual historiador escrupuloso, señalara a su turno las insuficiencias del traductor inglés. . . . Todo esto recuerda algo, y no deja de plantearle al analista un problema temible: él, el hombre de la *Auflösung*, de la desligazón, se ve condenado a restablecer lazos, a volver obstinadamente a poner orden, a sacar en claro; en síntesis, a competir con el neurótico obsesivo en su propio terreno. La trampa es admirable, también ella genial, y en todo momento amenaza con transformar la interpretación en explicación y el análisis en controversia (págs. 57-8).

¿Quién es Fausto? ¿Quién es Mefistófeles? «Si debemos enseñar ese tipo de cosas —prosigue Jung en la carta a Ferenczi ya citada—, nos van a salir granos y empezaremos a echar pestes». La peste: ese es sin duda el peligro. ¿Quién la vehicula? ¿La rata de Ernst Lanzer o el pensamiento de Freud? En un momento, Mefistófeles, «amo de las ratas y los ratones», cae prisionero. Al ver pasar una rata, le ordena que lo libere y le sopla el método para hacerlo: «Roe el umbral». Dilo todo, aunque sea desagradable, nimio o disparatado. . . .

¹⁸ P. Mahony, *Freud et l'Homme*. . . , *op. cit.*, pág. 68, nota.